

Frantz Fanon medio siglo después: la vigencia de Los condenados de la tierra (1961)

***Dra: YASMINA YOUSFI LÓPEZ -
GEXEL-CEFID-UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA DE BARCELONA -
España***

Mientras que en la metrópolis se deleitaban hablando del sur, de su Argel la blanche, de las costas vírgenes y los campos de vides, de las palmeras de Sidi Bel Abbes y de los encantos de Dréan, el “petit Paris”, evocando todo lo que para ellos era la exótica prolongación de la Francia continental, en la colonia, además de deleitarse, se ocupaban de que las amarras que habían echado en aquella tierra, el orgullo de la patria, se mantuvieran bien fijas. No obstante, las medidas que se llevaron a cabo fueron tales que Argelia, más bien blanca de miseria y desencanto, prendió la chispa de la independencia sumida en un ambiente de violencia y esperanza, ese en que los argelinos, sobre todo a partir de la carnicería del 45, como envueltos en una de las raras descripciones de la fabulosa Nedjma, asumen, al igual que los cuatro protagonistas de Yacine, el riesgo, sufren, lloran y luchan contra la Francia putativa que los oprimía. Así, intelectuales como Frantz Fanon se comprometen con la causa argelina y desarrollan un discurso crítico con la sociedad colonial que enarbola las conciencias de los colonizados, que advierte de los peligros que acechan tras la liberación y aconseja un rumbo alejado de los modelos europeos, una reinvención de la cultura, la política y la conciencia nacional. Un discurso directo y ardiente que, nutrido de argumentos científicos, casos clínicos que evidencian las secuelas de la colonización, denuncia con más ímpetu la opresión de aquellos que se deleitaban alabando la belleza de su tierra colonial.

El colonizado universal:

a primera edición de *Los condenados de la tierra*, aparecida a finales de noviembre de 1961 en Éditions François Maspero, es censurada porque se consideró que desestabilizaba la seguridad del Estado. Aun así, circuló y consiguió ser difundida y elogiada por la prensa, una de las vías por las que se canalizaban algunas de las críticas más feroces a la actuación francesa en la Guerra de Independencia argelina. En este sentido, esta obra sufrió la misma suerte que su precedente, *L'An V de la révolution algérienne* (1959) y otras tantas referidas a la guerra de Argelia, pero su impacto social y su vigencia fueron incomparables. Frantz Fanon, su autor, enfermo de leucemia en Washington, murió el 8 de diciembre a los treinta y seis años, solo unos días después de haber recibido una copia de esta obra.

En un poema de uno los grandes impulsores del pensamiento anticolonialista, Aimé Césaire, el fundador del movimiento cultural y político de la *négritude*, retrata a Fanon, muy oportunamente, como un guerrero sílex: “Je t’énonce/Fanon/ tu rayes le fer/ tu rayes le barreaux des prisons/ tu rayes le regard des bourreaux/ guerrier-silex/vomi/par la gueule du serpent de la mangrove” (Césaire, A., 1982). Y se trata de una descripción atinada porque alude a una de las clave de su discurso, a una de las principales razones por las que *Los condenados de la tierra* gozara de tanta proyección: la interpelación abierta al pueblo colonizado, el principal receptor, por lo que el colono, receptor transversal, pero no menos presente, pasa a ser “el otro”, la sombra. La descolonización es posible, esa es la aserción irrevocable, por eso, como sugiere Césaire líricamente, los barrotes que encierran a los colonizados desaparecen y, en consecuencia, los verdugos también. Sin embargo, además de estos versos, no hay que olvidar que el apelativo que Césaire elige para Fanon es “guerrero sílex”, lo que da más pistas para definir la naturaleza de su compromiso con los colonizados, en especial, con el pueblo argelino: activa y constante. Frantz Fanon (1925-1961), además de destacar por su labor intelectual con lúcidos ensayos como *Peau noire, masques blancs* (1952), *L'An V de la révolution algérienne* (1959) y, sobre todo, por esta mordaz reflexión sobre la revolución de los pueblos colonizados, *Les damnés de la terre* (1961), y de situarse como uno de los precursores de las teorías anticolonialistas, se erige como un autor particular porque su punto de vista es el de un psiquiatra que analiza (principalmente desde su experiencia en el hospital argelino de Blida-Joinville) el traumatismo de la colonización.

La primera edición de *Los condenados de la tierra* en español sale dos años después de la original a cargo de la célebre editorial Fondo de Cultural Económica de México. La reimpresión de 1971, cuya traducción corre a cargo de la escritora Julieta Campos, respeta a la original pues, al igual que esta, solo cuenta con el prefacio de Sartre y las notas y aclaraciones del propio

Fanon. Una de sus características más interesantes hoy día es que, a pesar de que hayan pasado más de cincuenta años desde que esta obra salió a la luz, su vigencia es envidiable: Los condenados de la tierra, un clásico del pensamiento anticolonial, es un ensayo decisivo para los estudios postcoloniales. Un texto revolucionario por la claridad y la lucidez de sus ideas, acusado de maniqueísmo y de promover la violencia, actualmente todavía desprende interés porque los argumentos que ayudaban a entender el método de alienación del colonizado argelino podían extrapolarse a cualquier otra situación de opresión colonial ya que los problemas presagiados a los que se debía enfrentar una Argelia recién liberada podían darse en cualquier otro territorio tercermundista, lo que evidencia la universalidad de sus reflexiones.

Estructura y contenido:

Los condenados de la tierra está dividido en seis partes que responden a un orden argumentativo lógico y gradual, cuyas ideas principales se van complementando a medida que se desarrolla el discurso y favorecen una comprensión progresiva. No obstante, Fanon no presenta un texto equilibrado porque, aunque los capítulos no son completamente independientes, como veremos, cada uno guarda una estructura interna propia. A pesar de esta libertad, la obra no da un solo respiro al lector. La exposición de ideas es clara, no especialmente ordenada, pero incisiva, el recurso interpelativo y la presencia de perífrasis de obligación son muy recurrentes y la intensidad de las reflexiones constante. Fanon no pierde el tiempo en elucubraciones vacuas, sus ejemplos son muy oportunos y la concatenación de afirmaciones severas conducen siempre a defender el problema que plantea desde el principio de la obra y en torno al cual despliega sus argumentos: la lucha por la descolonización y la reconstrucción de una sociedad liberada. Pero, antes de la exposición de Fanon, no hay que obviar el intenso prefacio que le dedica Jean Paul Sartre. Son palabras de un hombre que, desde finales de la II Guerra Mundial, empieza a trazar un discurso que huye de todo utopismo desembocando en la convicción de que el ejercicio de escribir ya conserva en sí mismo un compromiso con el mundo, como demostrará en este prefacio y como expresará en ¿Qué es literatura? (1948):

Pero ¿cómo? -dicen-. ¿Es que eso de escribir compromete? No queremos avergonzarnos de escribir y no tenemos ganas de hablar para no decir nada. Aunque quisiéramos, no podríamos hacerlo; nadie puede hacerlo. (...) Así, al tomar partido en la singularidad de nuestra época, nos unimos finalmente a lo eterno y nuestra de escritores consiste en hacer entrever los valores de eternidad que están

implicados en esos debates sociales o, políticos. Pero no vamos a buscarlos en un cielo inteligible; son valores que tienen únicamente interés en su envoltura actual.(...) podemos llegar a la conclusión de que el escritor ha optado por revelar el mundo y especialmente el hombre a los demás hombres, para que éstos, ante el objeto así puesto al desnudo, asuman toda sus responsabilidades (Sartre, J.P., 2003: 33).

Sartre abre el prefacio apelando a la estrategia de “fabricar una élite indígena” (Fanon, F., 1971: 9) que llevó a cabo Europa para inyectar el modelo occidental de vida y de pensamiento en las colonias y para, inmediatamente, invalidarla elogiando la voz propia de los colonizados. Ese será el eje a partir del cual articulará su discurso, marcado por un nosotros, que se moldea desde la ironía y la desfachatez -una Europa que, por creerse superior, se delata ingenua y extraviada-, y un ellos, los excolonizados, -el Tercer Mundo que “se descubre y se expresa” (Fanon, F., 1971: 10) y necesita unir sus fuerzas-. Sartre valora la sinceridad y la valentía de Fanon por apreciar, sin tapujos, que la verdadera cultura está en la Revolución, y que hay que echar mano de la violencia para conseguir la soberanía porque, por el contrario, la furia contenida dañará a los propios oprimidos, víctimas de la enajenación religiosa o de confrontaciones civiles. Además, el francés recomienda la lectura de Fanon porque esa llamada a la violencia es la que pone en marcha la Nación, siempre que para ello haya un equilibrio entre acciones espontáneas y organizadas. Así, Sartre, dando pinceladas sobre estas y otras ideas importantes que desarrolla el psiquiatra, interpela a la Europa colonial para denunciar la pasividad de los Estados ante los “genocidios” que se llevan a cabo en las colonias, la denominada “complicidad criminal”. Se sirve de esto para atacar el falso sentimiento de culpabilidad, el “humanismo racista”, que se prodiga en Europa y para, entonces, advertir de que el proceso de descolonización es inminente:

En otra época nuestro continente tenía otros salvavidas: el Partenón, Chartres, los Derechos del Hombre, la esvástica. Ahora sabemos lo que valen: ya no pretenden salvarnos del naufragio sino a través del muy cristiano sentimiento de nuestra culpabilidad. Es el fin, como verán ustedes: Europa hace aguas por todas partes. ¿Qué ha sucedido? Simplemente éramos sujetos de la historia y ahora somos sus sujetos. La relación de fuerzas se ha invertido, la descolonización está en camino; lo único que pueden hacer nuestros mercenarios es retrasar su realización” (Fanon, F., 1971: 23).

Entre otras cuestiones, Sartre llega a las últimas líneas del prefacio aludiendo al conflicto en el que se centra Fanon y por el que él mismo también seguirá mostrándose comprometido: el de la guerra de Argelia cuyo pueblo, cada vez más unido en 1961, desestabiliza y enfrenta al pueblo francés, sumido en la vergüenza y el miedo. Así, sin perder la ironía punzante, manifiesta que, después de siete años de guerra, por fin, aunque los cómplices siguen callados, las vejaciones al colonizado están al descubierto, por eso, en consonancia con el capítulo conclusivo de Fanon, declara: “Francia era antes el nombre de un país, hay que tener cuidado de que no sea, en 1961, el nombre de una neurosis” (Fanon, F., 1971: 28).

El primer capítulo de *Los condenados de la tierra* se titula “La violencia”. Su tesis se resume en que la violencia es el medio imprescindible por el cual se logrará la liberación del colonizado. La descolonización hará, según Fanon, que los últimos sean lo primeros y, para ello, el recurso de la violencia es necesario porque entre el colono y el colonizado no hay conciliación posible. El autor desarrolla esta idea exponiendo algunas de las diferencias esenciales que separan a unos y a otros. Sus ejemplos, bañados de sarcasmo, enfrentan lo blanco a lo negro, la limpieza, la riqueza del colono, frente a la suciedad, el hambre y la envidia del colonizado, con el objetivo denunciar el discurso occidental polarizado que el colono desprende en su estrategia colonizadora al presentar un mundo “cortado en dos” y “habitado por especies diferentes” (Fanon, F., 1971: 23). “Le Noir veut être Blanc. Le Blanc s’acharne à réaliser une condition d’homme” (Fanon, F., 1952: 7), expresó justamente Fanon en la introducción a *Peau noire, masques blancs* (1952). Que el colonizado anhele instalarse en el lugar del colono es un deseo impuesto, inexorable, se debe a que “les Blancs s’estiment supérieurs aux Noires”. Fanon parte de esta idea, que desarrolla magistralmente en su ensayo de 1952, porque retrata la violencia con la que se construye el mundo colonial. Sin embargo, esta se verá redimida cuando las masas colonizadas hagan también uso de la violencia para alcanzar su liberación, una medida que será, según Fanon, muy comprensible.

A causa de este maniqueísmo social, tanto Fanon como Sartre en el prefacio, denuncian la deshumanización del colonizado que es, a su vez, animalizado. Este proceso de animalización, como demuestra Fanon con una serie de expresiones recurrentes y, como indica Anthony Mangeon en *La pensée noire d’Occident* (2010) aludiendo expresamente al ámbito literario, se excede hasta el punto de emparentar al colonizado con una bestia que se ha de domesticar. Un ejemplo interesante al que acude Mangeon es un leitmotiv de

los romanceros coloniales: “Il y a du singe dans l’homme noir de peu”. Sobre esta idea añade, citando a André Demaison:

Il s’ensuit de troublants brouillages de frontières qui ne sont jamais l’avantage des colonisés: ceux-ci doivent en effet être “dressés”, notamment les serviteurs et les maîtresses, pour devenir de “petits animaux familiers”; les chimpancés peuvent quant à eux connaître une éducation qui les élèvera au rang des “évolués” africains-dont le vernis de civilisation n’est cependant que “singerie” des manières du Blanc (Mangeon, A., 2010: 24).

Sin embargo, puesto que el capítulo aborda el declive del colonialismo, Fanon subraya el momento en que el colonizado se desprende de toda animalización y se percata de su humanidad. Para reivindicarla deberá alzar las armas: “El colonizado, por tanto, descubre que su vida, su respiración, los latidos de su corazón son los mismos que los del colono. Descubre que la piel del colono no vale más que la piel indígena” (Fanon, F., 1971: 40). No obstante, la liberación es un proceso arduo, pues el colonizado sigue siendo un individuo acorralado que vive en tensión permanente, aunque, como opina Fanon, la culpabilidad que le infunde el colono no es una culpabilidad asumida.

Por otra parte, Fanon también alude a las fuerzas que proponen a la violencia del colonizado nuevas vías o polos de inversión: los partidos políticos, que se abstienen de dar consignas y que no insisten en la necesidad de la violencia porque su objetivo no es la transformación radical del sistema, y las élites intelectuales que son ambiguas. Ante esto, el psiquiatra se muestra muy crítico porque está convencido de que el cambio del panorama ha de ser completo, no violento en la teoría y reformista en la práctica. (Fanon, F., 1971: 53). Por esta razón, para Fanon, la clase social realmente revolucionaria es el campesinado: “es el desclasado, es el hambriento, es el explotado que descubre más pronto que solo vale la violencia” (Fanon, F., 1971: 54), si no es así, la pasividad o la neutralidad de un colonizado solo postergará el sistema de dominación. La independencia, no obstante, no aporta un cambio inmediato pero, según Fanon, el recién independizado tiene la impresión de que se ve arrastrado a una especie de marcha forzada y la actitud general es la de alerta constante. Levantar una sociedad, construir y afirmar sus valores, la reparación moral y la recuperación íntegra de su dignidad es un proceso lento. En este sentido, Fanon denuncia la actitud de los dirigentes, situados en una especie de indeterminación que los aboca al neutralismo. A pesar de las dificultades, Fanon insiste en que la violencia del colonizado unifica al pueblo, pues el colonialismo es, por su estructura, separatista. La violencia, totalizadora y nacional, borra todo tipo de enfrentamiento civil, tiende a

desintoxicar y lleva al pueblo a la altura del dirigente porque es la masa o la colectividad el centro de empuje (aunque esto sea difícil de preservar una vez que se alcance la libertad).

Por último, refiriéndose al contexto internacional, tema del único y último epígrafe del capítulo, Fanon añade una diferencia estructural más entre Occidente y Tercer Mundo que se pone en relación con el proceso de liberación: puesto que Europa es la creadora del Tercer Mundo, una vez que este consiga su independencia y se vea condenado a una regresión (argumento que los países coloniales defendían para justificar su ocupación: “si nos vamos, os estancaréis”) necesitará la ayuda de las potencias capitalistas considerada como una deuda que pagar. Sin embargo, la evasión de capitales es uno de los fenómenos más constantes de la descolonización. Para que la cooperación se lleve a cabo “será necesario que las masas europeas decidan despertarse, desempolven el cerebro y abandonen el juego irresponsable de la bella durmiente del bosque” (Fanon, F., 1971: 98).

El segundo capítulo, “Grandeza y debilidad del espontaneismo”, es, según Edward Said, un brillante análisis sobre la tendencia liberacionista “cuya base es un desajuste temporal y una diferencia de ritmo (décalage) entre los dirigentes de un partido nacionalista y la masa popular” (Said, E., 1993: 420). Fanon sigue reflexionando sobre la violencia, la que asegura la toma de conciencia del pueblo porque lo protege de no ser manipulado por los colonizadores que están al acecho, ni por los nuevos dirigentes del país que sienten desconfianza hacia las masas rurales porque recuerdan la actitud de petrificación del campo que mantenían los colonos. Los campesinos, por su parte, desconfían del hombre de la ciudad, “vestido como un europeo, hablando su lengua, trabajando con él, viviendo a veces en su barrio” (Fanon, F., 1971: 99), y lo consideran un tráfuga que ha abandonado el espíritu nacional recién forjado. La falta de concomitancia produce que los partidos políticos no logren implantar su organización en el campo, por lo que el intento de encuadramiento de las masas rurales fomenta la desconfianza y cristaliza la agresividad contra el campesinado. Según Fanon, las diferencias se deben a la actuación previa a la liberación: los partidos nacionalistas no inscribieron en su propaganda la necesidad de acción armada, sino que se contentaron con fiarse del espontaneísmo de los campesinos. Los partidos nacionalistas esperan, pues, que el movimiento violento de las masas triunfe, en vez de aprovechar este espontaneísmo para politizar las masas rurales y elevar su nivel de lucha. Y esta falta de entendimiento entre ambas capas producirá que, una vez alcanzada la independencia, el campesinado se muestre reticente a las reformas sociales, aunque sean progresistas, porque

nadie le ha explicado sus fines. El autor, de manera muy lúcida, hila este cúmulo de ideas para acabar denunciando este hecho a favor del campesinado: “el gobierno no hace sino pagar su pereza del periodo de liberación y su constante desprecio a los campesinos” (Fanon, F., 1971: 108).

El tercer capítulo del libro, “Desventuras de la conciencia nacional”, está centrado en las consecuencias de la descolonización. Presenta a la burguesía nacional que toma el poder al concluir el régimen colonial. Como expone el autor, esta es una burguesía subdesarrollada, sin poder, que buscará ayuda en las reglas que regían la antigua metrópoli en vez de poner a disposición del pueblo las herramientas intelectuales que tomó de las universidades coloniales para poder salir adelante. La economía del periodo de independencia no es, como apunta Fanon, reorientada -no cuenta con nuevas industrias que se instalen en el país-, sino que está destinada a seguir con la explotación del sector primario a cargo de los pequeños agricultores. La burguesía, sin medios, ocupará el lugar de la antigua población europea, tenderá a pensar en sus intereses inmediatos y volverá la espalda a la miseria de un pueblo baldío. El peligro de esta actitud se desentraña cuando, a pesar de su egoísmo, aceptan la mano de los capitalistas extranjeros que buscan sus servicios. No obstante, Fanon es optimista, confía en que junto a esta clase social, siempre existe un grupo de intelectuales honestos que serán los que orienten al país el progreso.

El partido político que afirmaba servir al pueblo en el proceso de liberación, una vez alcanzada la independencia, tiende a comportarse como un “partido racial”, es decir, crea una dictadura tribal que provoca la difusión de un espíritu regionalista llevando al pueblo hacia el separatismo, por lo que hay que evitar centralizarlo todo en la gran ciudad: el centro debe ser desacralizado. El partido, por lo tanto, “debe ser una expresión directa de las masas” (Fanon, F., 1971: 171): hay que desembarazarse de la idea tan colonial de que las masas son incapaces de dirigirse. De esta manera, el partido ejercerá, no como transmisor de órdenes del gobierno, sino como portavoz. Fanon señala que politizar a las masas es hacerles comprender que ellas son el motor de todo progreso, es decir, se ha de despertar su espíritu o, como decía Césaire, “inventar almas” (Fanon, F., 1971: 180). El nacionalismo, por lo tanto, debe transformarse en conciencia política y social y debe empapar a toda la sociedad para llevar a cabo una construcción colectiva nacional.

En el cuarto capítulo, “Sobre la cultura nacional”, el autor opina que la cultura nacional debe desprenderse de toda influencia occidental, no debe seguir el modelo europeo, como bien indica Sekou Touré en la acertada cita que introduce el capítulo: “Para realizar una acción auténtica, hay que ser una parte viva de África y de su pensamiento, un elemento de esa energía

popular movilizada para la liberación, el progreso y la felicidad de África” (Fanon, F., 1971: 188). ¿Cómo se legitima la reivindicación de una nación recién descolonizada? Esa pregunta, como subraya Fanon, no suele ser respondida por el partido político que moviliza al pueblo. Sin embargo, para los intelectuales colonizados, la clave está en la reivindicación de la cultura nacional pues la lucha del pueblo contra las fuerzas de ocupación es una manera de manifestar esa cultura. No obstante, esto no es una tarea fácil. Fanon plantea que la cultura nacional no debe encontrar su esencia en la tradición reactualizando costumbres abandonadas porque eso es ir en contra de la historia y en contra del pueblo. La razón radica en que “en un país subdesarrollado en fase de lucha, las tradiciones son fundamentalmente inestables y surcadas por corrientes centrífugas” (Fanon, F., 1971: 205). En este sentido, efectivamente, no es suficiente con rastrear manifestaciones culturales tradicionales del pasado que choquen con la cultura del colono, pues la cultura nacional no se alimenta solo de folclore: se encontrarán en el esfuerzo que el pueblo ha hecho para constituirse y mantenerse como tal.

Además, Fanon no olvida tratar en un epígrafe aparte cuáles son los fundamentos de la cultura nacional y las luchas de liberación. Bajo el dominio colonial, una cultura es perseguida y destrozada o se relega a la clandestinidad, no obstante, esa misma situación, la de resistencia, la de negarse a desaparecer, la convierte en una forma cultural que funciona como manifestación nacional. Y cuando se lleva a cabo el proceso de descolonización, el progreso de la conciencia nacional en el pueblo va modificando las manifestaciones culturales del colonizado. Por ejemplo, el intelectual que crea literatura para su pueblo está creando literatura nacional. En este sentido, como precisa el autor, “la nación no es solo condición de la cultura, de su efervescencia, de su continua renovación, de su profundización. Es también una exigencia” (Fanon, F., 1971: 224). Y durante el conflicto armado, ¿se suspende la cultura? Fanon, en armonía con su discurso, tiene la respuesta muy clara: “la lucha organizada y consciente emprendida por un pueblo colonizado para establecer la soberanía de la nación constituye la manifestación más plenamente cultural que existe” (Fanon, F., 1971: 225).

Por último, Fanon sorprende al lector con un capítulo verdaderamente impactante, “Guerra colonial y trastornos mentales”. Como apuntábamos antes, este autor, además de su potente discurso, se particularizaba por insertar en la argumentación de sus ideas sus estudios como psiquiatra. Este capítulo es un ejemplo de ello pues, desde el objetivismo más estricto, demuestra las secuelas mentales que produjo la colonización o, lo que es lo mismo, presenta el colonialismo como un traumatismo. Fanon muestra casos

clínicos sobre argelinos con trastornos mentales después de vivir episodios violentos muy precisos, otros cuyas dolencias provienen de la atmósfera violenta que reina en Argelia... Además, analiza cuadros psiquiátricos elaborados por médicos franceses en los que inventaban teorías científicas que servían para justificar el comportamiento del colonizado bajo el yugo de la colonia. Así, con esta exposición, Fanon también demuestra que, aunque la violencia sea una condición sine qua non para conseguir la independencia, las consecuencias de esta son devastadoras.

Frantz Fanon, todavía:

*Los condenados de la tierra ha sido un texto clave para el desarrollo de los estudios postcoloniales. Sin embargo, de entre todas las críticas que ha recibido, ha sido acusado de maniqueísta e incendiario por apelar tan abiertamente al uso de las armas. Y es que este texto, denso y de prosa, a veces, oscura, no puede leerse desde la superficialidad, sino que hay que enfrentarse a él teniendo en cuenta el tono de urgencia política y moral: no hay que olvidar que el momento en el que el autor escribe esta obra es capital. La importancia del contexto, meses antes de que Argelia alcanzara la independencia, moldea la peculiaridad de su discurso ya que en él, como “guerrero sílex” y como padre de *Peau noire, masques blancs*, Fanon revela una fuerte traza biográfica. No obstante, autores clave de los estudios postcoloniales no dudan en rescatar a Fanon en sus reflexiones. Edward Said, por ejemplo, lo hace no solo en *Orientalismo* (1980), sino también en *Cultura e imperialismo* (1993) donde declara:*

Si he citado a Fanon tan a menudo es porque creo que, con más contundencia y decisión que nadie, expresa el inmenso giro cultural, desde el terreno de la independencia nacionalista hacia el campo teórico de la liberación (Said, E., 1993: 414).

Del discurso de Fanon, Said destaca el razonamiento relativo a la vigencia del imperialismo después de que los estados coloniales consigan la independencia, como ocurrió en Argelia. Según Said, esta idea merece ser revisada hoy día porque Fanon responde a las explicaciones teóricas ofrecidas por la cultura occidental, que es vista por el colonizado intelectual como una cultura de esclavitud y opresión. Fanon intenta vencerlas volviéndolas en contra de sus autores, por eso, como indica Said, sabe enlazar agudamente “la conquista de la historia llevada a cabo por los colonizadores con el régimen de la verdad del imperialismo, presidido por los grandes mitos de la cultura occidental” (Said. Ed., 2003: 415).

Fanon se atreve a afirmar, en boca de un colono que ve cómo el colonizador demanda su libertad, lo siguiente: “Esta tierra fue creada por

nosotros. (...) Si nos vamos todo estará perdido y el país volverá a la Edad Media” (Said, E., 1993: 215). Esta cuestión mantiene relación con la que el antropólogo Jack Godoy desarrolla en el último capítulo de *El robo de la historia*, “El monopolio europeo de las emociones”, pues, el hecho de que los colonos, como expresa Fanon, presagien que los colonizados se verán envueltos en la miseria si deciden independizarse, no solo tiene que ver con una relación de historia-mito cultural europeo, sino también con una cuestión de manipulación de emociones.

La pretensión paralela de que el amor es exclusivamente europeo ha tenido una serie de consecuencias políticas, pues no solo se ha vinculado al desarrollo del capitalismo, sino que además se ha utilizado al servicio del imperialismo (Godoy, J., 2011: 302).

De acuerdo con Said, creemos que el mérito de *Los condenados de la tierra* fue exponer la lucha maniquea entre nacionalismo y colonialismo, describir cómo se lleva a cabo un movimiento por la independencia, advirtiendo de todos los problemas que ello acarrea y, por último, “transfigurar ese movimiento en lo que de hecho es una fuerza transpersonal y transnacional” (Fanon, F., 1971: 416). Fanon no es un autor meramente descriptivo o meramente declamatorio sino que es, sobre todo, analítico. Por eso, al describir el proceso de independencia está impugnando al colono, es decir, está sosteniendo que la red de oposiciones que se crea a partir del momento en que entra en juego la violencia es constante, compleja y perspicaz.

Aunque una de las grandes virtudes que se le reconocen a Fanon es que haya conseguido mostrar el tema de la liberación en un proceso y no en un objetivo asumido rápidamente por el pueblo recientemente liberado, podría haber afilado más en sus reflexiones. Es cierto que, como decíamos antes, escribe supeditado a un momento de la historia con el que se compromete abiertamente, lo que evidencia que su discurso se centre en el proceso de independencia, justo en ese preciso momento en que el colonizado toma las armas. Sin embargo, al reflexionar acerca de la situación de opresión colonial, podría haber desarrollado algunas ideas interesantes. Por ejemplo, un análisis sobre los tipos de resistencia que llevó a cabo el pueblo argelino antes de la toma de armas: la resistencia pasiva. Bien es cierto que esto lo menciona rápidamente en el último capítulo cuando se burla de esas teorías científicas francesas que revelan que el argelino es vago o criminal por naturaleza, pero Fanon no va más allá. ¿A qué se debe, entonces, esta actitud por parte del colonizado? Posiblemente, no responda solo a una liberación de tensión violenta contra su igual causada por el yugo colono, como también presupone

Fanon, sino que es posible que se trate, en efecto, de una manifestación de resistencia pasiva. En este sentido, para referirse a ese discurso oculto como práctica de resistencia, James C. Scott expone en *Los dominados y el arte de la resistencia* una apropiada enumeración de tácticas de resistencia silenciosas:

La resistencia, como la dominación pelea en dos frentes a la vez. El discurso oculto no es solo refunfuños y quejas tras bambalinas: se realiza en un conjunto de estratagemas tan concretas como discretas, cuyo fin es minimizar la apropiación. En el caso de los esclavos, por ejemplo, esas estratagemas han incluido sobre todo el robo, la sisa, la ignorancia fingida, el ausentismo, la labor descuidada o morosa, el mercado negro y la producción para venta clandestina (...) (Scott, J., 2003: 264).

La vigencia de Fanon es, en definitiva, indiscutible, pero, aunque ese tono de urgencia política favorezca, por una parte, la claridad analítica y el arrojo de sus argumentos, por otra, exagera la hibridez del texto: este a veces se oscurece y olvida, (quizá deliberadamente porque se aleja de su tesis) detalles interesantes de ese proceso de descolonización.

Conclusión:

El título de esta obra se refiere explícitamente al verso de La internacional “*Debout ! les damnés de la terre !*”. No obstante, aquí no se interpela solo al proletariado, sino que estas palabras tienen un alcance más global: el pueblo. La elección del título es más pertinente de lo que parece a simple vista porque alude directamente al receptor del discurso: Fanon habla a los marginados, al pueblo y, aunque critica la actitud de Europa, también solicita su atención. El mensaje de Fanon está dirigido a todos aquellos que forman parte, siendo víctimas y opresores, del proceso de descolonización: para él, la necesidad de una reinvenición de la cultura, de la conciencia nacional con la llegada de la independencia, solo será posible si ambos bandos tienen conocimiento de ello ya que, en definitiva, la historia es compartida.

La experiencia de Fanon en la guerra de Argelia es, a pesar de las críticas, fundamental en la composición de su discurso porque le llevó a predecir hacia qué deriva se encaminaba el país norteafricano. Como parecía presagiar también Camus en las últimas líneas de *La peste* (1947), “***peut-être, le jour viendrat où, pour le malheur et l’enseignement des hommes, la peste réveillerait ses rats et les enverrait mourir dans une cité hereuse***” (Camus, A., 2010: 279), la pesadilla de la colonización francesa en Argelia está todavía presente. Fanon, meses antes de que Argelia lograra la independencia, percibe las desavenencias entre el FLN y la burguesía

nacionalista que, una vez alcanzada la independencia, acabará imitando el modelo francés.

De Gaulle pasa de defender ardorosamente su Argel la blanche, las costas vírgenes y los campos de vides, las palmeras de Sidi Bel Abbes y los encantos de Dréan, el “petit Paris”,... a sopesar otras posibilidades entre las que se encontraba la autodeterminación de la colonia. Allí, este cambio de actitud provocó un intento de sublevación del alto mando militar francés en Argelia y la creación del OAS que cometió numerosos atentados terroristas antes de su desarticulación. Y después de Évian, Argelia, independiente, se vio sumida, como bien preveía Fanon, en una situación cuya complejidad política y social la condujo a un golpe de Estado, a la división interna del FLN y una desestabilidad política de la que hoy día no se ha recuperado.

Los condenados de la tierra no son solo aquellos que fueron oprimidos durante la colonización y sobreviven al proceso de descolonización, sino también aquellos que sufren lo que viene después, tras la independencia: ese período cuyas heridas no son fáciles de curar porque corren constantemente el riesgo de abrirse. El caso de la descolonización de Argelia, junto con la del Congo, es uno de los más traumáticos. Hoy día, más de medio siglo después, la memoria de la guerra franco-argelina es todavía una cuestión delicada. El largo silencio de Francia sobre los abusos cometidos durante la colonización, la repulsiva ley de 2005 que destacaba “los beneficios de una colonización positiva”... se combaten con la recuperación de la memoria por parte de historiadores y la presión de la opinión pública. Sin embargo, a pesar de ser un tema candente en la actualidad francesa, a pesar del simbólico discurso que sostuvo Françoise Hollande ante el parlamento argelino el 20 de diciembre de 2012 donde condenó la colonización e instó a reconocer “la verdad” del conflicto, la institucionalización del perdón no llega. Sartre, citando en el prefacio de esta obra a un comendador burgués colonialista que intentaba defender a Occidente, apuntaba: “No somos ángeles. Pero, al menos, tenemos remordimientos” (Fanon, F., 1971: 25). Queda claro que sabía hacer un buen uso de la ironía.

BIBLIOGRAFÍA:

CAMUS, A. *La peste*, Paris, Gallimard, 2010.

CÉSAIRE, A. *Moi, laminaire*, Paris, ed. du Seuil 1982.

FANON, F. *Los condenados de la tierra*, México, FCE, 1971.

-*Peau noire, masques blancs*, Paris, éditions du Seuil, 1952.

GODOY, J. *El robo de la historia*, Madrid, Akal, 2011.

MANGEON, A. *La pensée noire de l'Occident. De la bibliothèque coloniale à Barak Obama*. Editions Sulliver, 2010.

SAID, E. *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1993.

SARTRE, J.P. *Qué es literatura*, Buenos Aires, Losada, 2003.

SCOTT, J. *Los Dominados y el arte de la resistencia*. Txalaparta, México D.F., 2003.